LA SEDIMENTACIÓN DEL VIVIR:
EL *DIARIO* DE ÁNGEL RAMA

POR

SERGIO R. FRANCO
University of Pittsburgh

Dentro de poco se cumplirán veinte años de la desaparición de Ángel Rama (1926-1983) y gracias a la perspectiva que el tiempo nos proporciona, resulta evidente que debemos considerarlo definitivamente instalado entre los clásicos de la crítica latinoamericana, como Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña, por citar apenas dos nombres imprescindibles. Por ello, hay que felicitarnos de contar ahora con un documento invaluable que contribuirá a iluminar mejor la obra y la figura del gran crítico uruguayo. Me refiero al *Diario* de Ángel Rama recientemente publicado, que motiva la presente nota.

En *Critique de la critique* (París 1984), Tzvetan Todorov declara que el deseo de escribir no proviene tanto de lo que se vive como de lo que se lee. Quizás esta idea resulte excesiva pero parece apropiado tomarla en consideración como una primera llave de acceso a este *Diario* que Ángel Rama llevó entre 1974 y 1983, es decir en “su etapa más fermental como teórico de la literatura y la cultura latinoamericanas”, como bien señala Rosario Peyrou en su excelente “Prólogo” a esta edición.

En efecto, en 1974 Ángel Rama se encontraba en Venezuela, trabajando en una selección de los diarios de Rufino Blanco Fombona cuando evoca la lectura que hiciera de adolescente del *Journal* de André Gide. Decide, entonces, retomar un proyecto de juventud que no prosperó: la escritura de un diario. Rama había llegado a Venezuela en 1972 para dictar un curso en la Escuela de Letras de la Universidad Central. Al año siguiente se produce un golpe militar en el Uruguay y, repentinamente, le resulta imposible el retorno a la patria. Tendrá que permanecer ahí hasta 1979. Son años fecundos y complicados en los que consolida y difunde una obra que hará de él uno de los nombres decisivos de la crítica latinoamericana. Luego seguirán las permanencias en distintas universidades estadounidenses así como L'Ecole Pratique de Hautes Etudes de París, y su asistencia a innumerables centros académicos del más alto nivel en calidad de conferencista. La muerte lo sorprenderá en noviembre de 1983: un accidente de aviación en que sucumbieron también Marta Traba (su esposa), Jorge Ibargüengoitia y Manuel Scorza. Desde luego, esta rapidísima revisión de los últimos años de su vida no hace ni podría hacer justicia a Rama, y es entonces cuando se evidencia la función capital de este diario: nos devuelve un individuo y una época.

Es sabido que en un diario, tres funciones que conviene separar en el análisis narratológico —autor textual, narrador y personaje— confluyen en un solo sujeto. Hay quienes consideran, incluso, que el narratario debería de agregarse a esa entidad aglutinadora. Todo ello confiere

al diario, en tanto que género, un talante particularmente egotista y vanidoso. Consciente de aquellos vicios, el diarista Ángel Rama opta por conjurarlos al trazar los límites de sus anotaciones: ni públicas ni privadas. Una rotunda frase de Pascal, “Le moi est haïssable”, se convierte, entonces, en su divisa. Rama tampoco se conforma con el mero soliloquio sino que se pretende en diálogo con su tiempo, despojándose de pretensiones —lo que es muy de agradecer— en un texto redactado siempre en un estilo sencillo y controlado.

Ahora bien, más allá de ese primer impulso de emulación que, sin duda, proviene de lo que se lee, como quiere Todorov, ¿cuál es la intención que Rama declara al iniciar —o reiniciar tras varias décadas, según se mire— el diario? En su primera anotación —1 de septiembre de 1974— Rama indica: “Todo tiene que ver con esas heridas secretas, o esas obsesiones y temores que me acompañan de siempre, vivas e irresolutas, y que llaman a una consideración. Seguramente reaparecerán, si este diario no es prestamente abandonado. Tengo curiosidad por esa reminiscencia, a esta edad, por su nueva apariencia o por su terca fijeza acaso”. Así, pues, el diario no será asumido como un *monumento* (una obra) sino como un *instrumento*: una vía de introspección a la que Rama se asoma con inquietud no disimulada. Pero, puede suceder también que el diario resultara un paliativo para esa experiencia que otorga un tono desasosegado a buena parte del texto: el exilio.

Desde nuestra perspectiva de lectores, el diario de Ángel Rama constituye, más bien, un *documento*. Testimonio no tanto de la forja como de los trabajos y las inquietudes de un intelectual lúcido y alerta. ¿Cuáles son los tópicos sobre los que discurre? La repuesta es amplia: los estudios recientemente emprendidos (empieza a estudiar alemán a los cuarenta y ocho años); las investigaciones en las que se encuentra inmerso (la obra de Rubén Darío, Rufino Blanco Fombona, Salvador Garmendia, José Antonio Ramos Sucre, José María Arguedas, por mencionar algunos); los manuscritos en marcha (*Transculturación narrativa en América Latina* y *La ciudad letrada*); las reflexiones teóricas (Rama se interesa por Filón de Alejandría como ejemplo de la interpretación alegórica); las polémicas a las que se encuentra atento, cuando no envuelto así como los éxitos y la oposición soterrada que algunos de sus proyectos generaron. Por dar un ejemplo particularmente revelador, sorprende que una empresa tan atinada como la de la Biblioteca Ayacucho topara, en un principio, con poco entusiasmo cuando no con indiferencia:

Reunión con los delegados extranjeros para oírles sugerencias sobre la Biblioteca Ayacucho. Casi nada de interés, sobre todo, a causa de la estrechez nacionalista de miras [...]. Compruebo, y con la mejor audiencia posible, la atroz incomunicación latinoamericana. Y, más que nada, la ausencia de un verdadero plano continental, unitario para medir su creación cultural, aplicando en la óptica crítica esa conciencia latinoamericana de la que tanto se habla y tan escasamente se practica (18 de setiembre de 1974).

Siete días después, agrega:

Primera reunión de la Comisión de Biblioteca Ayacucho. Había previsto mi decepción, pero ella es mucho mayor de la cuota calculada. Salvo a Trejo, siento que a ninguno le importa demasiado; una comisión más, una tarea más a cumplir, despacio, rutinariamente, sacándole algún provecho. Me temo que no va a ir a ningún lado. Además, que yo no duraré mucho en este lugar.

Así mismo, merece especial atención el cotejo que Rama establece entre el medio académico estadounidense y el latinoamericano. Si bien el primero representa una especie de oasis para la investigación, con sus óptimas bibliotecas y centros de investigación, no menos cierto es que posee un carácter cerrado sobre sí mismo que lo asemeja a un gueto, ajeno a la cultura del país, con profesores más especializados que los latinoamericanos pero aislados entre sí, renuentes a comunicarse verdaderamente:

He almorzado hoy en casa de Claudio Velis [...] y hemos conversado sabrosamente, intercambiando juicios sobre el pasado y el presente de América. Pero ¿por qué siento que esto es excepcional, que lo normal es que los profesores no intercambien nada, a pesar de la complicadísima estructura de seminarios, coloquios y diálogos? Cada uno está en lo suyo y a veces pienso que tienen miedo, que eso es lo dominante, porque preservan lo que hacen de todo debate que pueda ponerlo en peligro. O quizás de ilegítimas apropiaciones: el mismo Claudio me repetía hoy “eso de la ciudad letrada publícalo ya en algún artículo” para registrar el *copy right* (13 de marzo de 1980).

La academia latinoamericana, por su parte, marcada por el influjo francés y su modelo profesor-intelectual-escritor, no es idealizada por Rama en ningún momento —lo que implicaría sobresimplificarla y homogeneizarla. Así, percibe una gran distancia entre la vitalidad y la gracia del grupo que se nuclea en torno a Antonio Candido, en Campinas, intelectuales apasionados que no separan arte, deseo, júbilo y política (anotación del 24 de febrero de 1989), y la pequeñez e ignorancia de los catedráticos de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, limitados por un horizonte “estrecho, simplista, interesado” (22 de setiembre de 1978).

Ahora bien, aun cuando Rama se había propuesto rehuir lo confesional, lo cierto es que no cumple del todo con las restricciones que declaró y las anotaciones ingresan en el territorio de lo íntimo: la soledad y la salud, el cáncer que hirió a su esposa, los arrebatos de cólera, los amigos y los rivales, la inseguridad y la desubicación de quien tiene que ganarse la vida en un ámbito ajeno y al que nunca se acostumbró: “Percibo cuánto me falta aquí en Venezuela esa soltura del intercambio intelectual (que supone el mutuo reconocimiento de un código, una gramática, un sistema mental) y cuánto me he comprimido para adecuarme a la insuficiencia que colegas y estudiantes proponen día día” (19 de octubre de 1974). Es curioso el poco aprecio de Rama hacia una tierra y un medio cultural que lo acogieron generosamente, como a tantos otros exiliados del sur y donde despuntó su carrera de crítico. Así, cuando intenta (inútilmente) promover la figura y la obra de un autor como Mario Szichman, no vacilará en aludir a su “guerra a muerte” contra la “jauría” del medio intelectual que lo circunda. Y, aunque trata de matizar apreciaciones y evaluar las cosas con serenidad (véanse las anotaciones que van del 1 al 7 de noviembre de 1977), tanto Marta Traba como él deciden abandonar, finalmente, un medio donde se sienten “progresivamente acorralados”.

Pero la pasión que excluye a todas las demás es la literatura. Ya sea que reflexione sobre autores o textos específicos, ya sea que nos hable de Julio Cortázar o Neruda, de Alejandro Dumas o Scott Fitzgerald, los juicios de Rama son siempre sugerentes y polémicos: “Decepcionante lectura del último Cortázar: *Alguien que anda por ahí*. Silva de varia lección. Con viejos textos no logrados, con notas ocasionales de cumplimiento

—Solentiname, Cuba, Jacobo Borges— que ya transportan una cosmética amanerada, quiero decir: en donde su manierismo se vuelve cosmética y “remakes” de historias que hizo con más verdad y tensión” (23 de diciembre de 1977);

Relectura tensa y jocunda de la novela de Arguedas, *Los ríos profundos* [...]. Admiración por su escritura precisa y rápida, por el movimiento empujado de la acción, por los niveles de la construcción que la transforman en una “ópera” más que en una novela. La fabulosa ópera de los pobres [...]. Mejor escrita que *Cien años*, con un don poético esencial, ríspido, original, que maneja pasmosas visiones. Mucho Dostoiewski secreto y narradores nórdicos como en Rulfo (Hamsun, Lagerloff, Laxness) y sobre todo una violencia delicada que pone en ascua a toda la historia, le da un fuego que ilumina y no quema (8 de marzo de 1980).

Como no podía ser de otro modo, este texto será recordado por espléndidas efigies de intelectuales y artistas hispanoamericanos. Tal vez sólo sea de lamentar que algunos de esos retratos no se desarrollen del todo. Hablando de García Márquez, Rama se interroga:

¿Quién es hoy Gabo? No decepción, no desagrado, simplemente perplejidad. Parecen no quedar huellas del escritor, al menos como ese escritor fue, él lo sabe y aun trata de jugar con esa imagen superpuesta a la antigua. Tampoco un periodista, pero asimismo no un político, sino algo cercano a ambos términos y diferentes: un viajante político-cultural quizás, un agitador, pero no un ideólogo, “of-course”, sino un animador o relacionador que opera entre los centros del poder político de la izquierda. Evidentemente eso le fascina, es su acción, y eso ha sido logrado con la literatura pero nada tiene que ver con ella (11 de octubre de 1977).

Tras una aburrida reunión en casa de Jorge Edwards: “La misma impresión de siempre con él: tanto ha reprimido, en el estilo aristocrático y diplomático, sus emociones y sus opiniones, que ha concluido por no tenerlas, consagrándose a una conversación plana de cocktail mundano, intercambiando datos y tramando intereses del momento” (26 de diciembre de 1977). No me resisto a citar otro pasaje:

Ayer estuvieron en casa Mario [Vargas Llosa] y Patricia: no hay modo de que se abandone, laxo a la plática informal. Está siempre armado, compuesto, atento y al acecho. Todavía no ha descubierto cómo ser feliz, ni cómo aceptar el mundo, aceptándose. Todas esas cosas tan inciertas que escribe sobre el escritor y el mundo en él son realidad concreta, vivencia de ruptura, visión del animal en acecho (24 de febrero de 1980).

Podríamos proseguir: Fernández Retamar como el intelectual transformado en funcionario, Sofía Imbert (“la hiena hembra”), el jocundo José Luis Cuevas, la divertida maledicencia de Enrique Labrador Ruiz, el esteticismo agudizado por la homosexualidad de Damián Bayón, la mediocridad de Uslar Pietri o la disolución del primer matrimonio de Alejo Carpentier. Este nivel, que algunos juzgarán meramente anecdótico, no resulta, en absoluto, el menos apreciable en obras de su género, pues amoneda una era y un “ethos”. Pero, posiblemente esta dimensión nos confronte con lo que sea el aspecto más problemático de un diario: que su referente pesa como dato sujeto a verificación, a diferencia de lo que ocurre con formas narrativas en las que se alude a existentes, acciones y mundos alternos,

inaccesibles al de la experiencia del eje autor-auditorio. Lo más interesante cuando se lee un diario, quiero subrayarlo, consiste en determinar las características de ese sujeto inferible del texto a partir de su enunciación antes que perderse en los senderos de la pesquisa y la probanza.

No quisiera, sin embargo, dejar al lector con la idea de que los intereses de Ángel Rama no exceden la literatura. Por el contrario, en sus anotaciones encuentran cabida temas aparentemente cotidianos (el aeropuerto y el supermercado, los vínculos entre homosexualidad y diplomacia, el mundo editorial, las mujeres, la ecología, la religiosidad), lo que atestigua no sólo perspicacia sino la asimilación de autores que saben discernir datos reveladores en los intersticios de las manifestaciones culturales más disímiles como Georg Simmel, Roland Barthes y, sobre todo, su admirado Walter Benjamin; pero también hay consideraciones de mayor gravedad: la dictadura militar uruguaya, el proceso revolucionario cubano, los nuevos rumbos del socialismo, los mecanismos del exilio:

Extraña reversión, a lo largo de una década, de la opinión sobre los intelectuales chilenos. [...] La tragedia política ha acentuado alguna de estas "imposibilidades", que diría Borges, pero los ha endiosado haciéndoles perder timidez: entre otros exiliados asombra el desinterés chileno por toda otra tragedia que no sea la suya y su evidente voluntad de no asociarse con otros pueblos en reclamaciones dramáticas que pudieran empañar su papel protagónico (15 de octubre de 1977).

En estos casos, los pareceres de Rama tienen el valor de no acatar opiniones y causas consagradas.

Concluida la lectura de este diario, la idea que se impone con mayor fuerza es que uno de sus núcleos más enriquecedores ha de buscarse en el plano didáctico, plano que Rama, gran maestro, conocía a la perfección, con sus aspectos desalentadores:

La última clase, en el salón con un centenar de sillas, tiene unos quince oyentes fieles, los que atravesaron todo el ciclo y llegaron salvos al final. Dan ganas de abrazarlos. Desde lo alto de la tarima, donde hay micrófonos, grabadores, trato de cumplir con el programa, ya sin mucho entusiasmo: ni el tema (a esta altura) ni el raleado público ayudan. Trato de infundir calor a mis palabras; me veo a mí mismo como un gesticulador y me detengo (26 de octubre de 1974),

pero que también puede ser visto como una de las formas de lo erótico:

Nada parecido a la felicidad de estar entre los estudiantes en una reunión de trabajo (un seminario cordial, amigo) porque ambos estímulos funcionan conjuntamente: la fraternidad juvenil, fresca, alegre y fervorosa; la pasión intelectual, ese leve paso hacia el conocimiento que es, sí, (la fórmula bíblica) otra forma del desvirgamiento. Esa conjunción se torna oscuramente excitante, mide el ejercicio verdadero del magisterio (12 de octubre de 1974).

En efecto, el Ángel Rama que diseña este diario, que se sabe el punto de convergencia de muy variados impulsos culturales, entre Benjamin y Mariátegui, entre la Escuela de Frankfurt y las enseñanzas de Braudel, entre Venezuela y Barcelona, sujeto esencialmente

transculturado, nos recuerda que rigor y placer no sólo pueden coexistir en la crítica literaria sino que es conveniente una sana convivencia entre ambos.

BIBLIOGRAFÍA

- Rama, Ángel. *Diario 1974-1983*. Prólogo, edición y notas de Rosario Peyrou. Montevideo: Ediciones Trilce, 2001.
- Todorov, Tzvetan. *Critique de la critique*. París: Éditions du Seuil, 1984.